EL DUQUE DE ALBANI.

(SIGLO XV.)

Jacobo III, rey de Escocia, veia con celosa ansiedad el ascendiente que sus hermanos el duque de Albani y el conde de Mar, iban tomando cada dia sobre sus súbditos; y las pérfidas insinuaciones de los hombres viles y oscuros que formaban la sociedad íntima del rey, cambiaron bien pronto sus celos en un odio mortal é implacable. Estos indignos favoritos se complacian en dar pábulo á las aprensiones del débil monarca, poblando de aterradoras ideas su imaginacion, y haciéndole ver imaginarias asechanzas de parte de sus hermanos. Unos le contaban que el conde de Mar habia consultado á una hechicera, para saber cuándo y cómo moriria el rey, y que ella le habia contestado que el rey moriria por la mano de sus mas próximos parientes. Otros le presentaron un astrólogo, quien le dijo que habia un leon en Escocia al que darian muerte sus leoncillos. Todo esto hizo tal impresion en el espíritu limitado del rey, que al fin mandó poner en prision á sus hermanos. Albani fué encerrado en el castillo de Edimburgo, y en cuanto á Mar, como se le juzgase mas temible, su suerte fué inmediatamente decidida : el rey le hizo ahogar en un baño, ó, segun otros historiadores, le sacaron hasta la última gota de sangre.

Gran riesgo corria Albani de sufrir la misma suerte : pero sus amigos de Francia y de Escocia velaban por su salud, y habian formado un plan para libertarlo. A los

pocos dias entró en la rada de Leith una pequeña balandra cargada de vinos de Gascuña, y el patron de aquel barco pidió y obtuvo permiso para enviar un presente de dos barriles al príncipe cautivo. El gobernador del castillo dió licencia para que se condujesen á la cámara de Albani, y este, que sospechó alguna cosa, examinó los barriles en secreto, y halló en uno una gruesa bola de cera que encerraba una carta en la que le exhortaban á escaparse, prometiéndole que el barco francés permaneceria en la rada, y estaba pronto á recibirle, si él se ingeniaba para venir hasta la orilla del mar. Se le aconsejaba ademas darse prisa, pues estaba señalada su ejecucion para el dia siguiente. Un grueso paquete de cuerdas venia en el mismo barril, para que el príncipe pudiese descolgarse de las murallas del castillo hasta el pié de la roca en que está edificado. Albani comunicó este proyecto á su chambelan, fiel servidor que habia preferido la prision á separarse de su amo, y ambos combinaron los medios de llevar á cabo la empresa.

El punto principal era asegurarse del capitan de guardia. Albani le convidó á cenar bajo el pretesto de hacerle probar el vino que le habian enviado. El capitan no puso dificultad alguna, y despues de colocar dobles centinelas en las puertas y galerías que comunicaban con la prision, vino á la cámara del duque con tres soldados, y tomó parte en la colacion preparada. Encontróse el vino excelente, y le hicieron honor como hombres que no hallaban frecuente ocasion de regalarse con tan generosa bebida. Despues de la cena, el duque propuso jugar al chaquete, y el capitan, que se hallaba sentado junto á un gran fuego y que empezaba á sentir los humos del vino, que el chambelan le servia continuamente, comenzó á amodorrarse, así como los soldados, á quienes no habian escaseado tampoco las libaciones. Entonces el duque de Albani, hombre vigoroso, cuyas fuerzas duplicaba

en esta ocasion el mismo peligro, se lanzó de repente sobre el capitan, y de una puñalada en el corazon le dejó muerto. Del mismo modo se deshizo de dos de los soldados, mientras que el chambelan despachaba al tercero, y este acto temerario que se ejecutó con la rapidez del rayo, fué tanto mas fácil de llevar á cabo, cuanto que el estado de embriaguez y la sorpresa de aquellos pobres diablos no les permitió hacer la menor defensa. El duque cogió en seguida las llaves del bolsillo del capitan, y subiendo al terraplen de la muralla, escogieron un sitio retirado, fuera del alcance de los centinelas, para intentar su peligrosa bajada.

El chambelan quiso ensayar la cuerda descolgándose el primero, pero se halló que era muy corta, y cayó rompiéndose una pierna. Hizo entonces una seña convenida para este caso, y Albani sin perder un instante volvió á su cuarto, tomó las sábanas de la cama, y añadiéndolas á la cuerda, se encontró pronto sano y salvo al pié de la roca. En seguida tomó al chambelan en hombros, y se dirigió á la orilla del mar, donde le esperaba en efecto una lancha que le condujo á bordo de la balandra. Pocos momentos despues, esta salia á velas llenas con direccion á Francia.

Durante la noche, la guardia, que sabia estaba su oficial con tres soldados en la cámara del duque, no tuvo el menor recelo ni sospecha de lo que pasaba; pero cuando descubrieron al amanecer la cuerda que pendia del muro, dieron la alarma y se precipitaron hácia la prision. Allí encontraron el cuerpo de uno de los soldados á través de la puerta, y los del capitan y los otros dos extendidos sobre el fuego. El rey quedó en extremo sorprendido de una evasion tan extraordinaria, y no quiso darle entero crédito, hasta que examinó los lugares con sus propios ojos. (Walter Scott, *Historia de Escocia*, primera série, cap. XIX.)

JACOBO V, REY DE ESCOCIA

(SIGLO XVI.)

Sir Jorge Douglas y su hermano el conde de Angus, casado con la reina Margarita, se habian apoderado de la persona de Jacobo V, niño aun, y el segundo administraba el reino y ejercia, aunque sin título, el cargo de regente durante la minoría. En una palabra, estos dos señores, que habian sabido crearse un numeroso partido, no tendian á otra cosa que á sustituir su propia familia, en el trono de Escocia, á la familia reinante. Diversas tentativas se habian hecho para libertar al rey, todas sin resultado : los partidarios de Jacobo V, habian acabado por tomar las armas, y habian sido derrotados en dos batallas sucesivas; el mismo Jacobo, á quien hicieron asistir á la segunda para paralizar los ataques del partido realista, buscó el medio de huir en el desórden de la pelea, pero Jorge Douglas se le interpuso diciéndole :

— Es inútil que Vuestra Gracia piense escapar á nuestra solicitud : si nuestros enemigos os tuvieran por un brazo y nosotros por otro, preferiríamos veros en pedazos antes que soltaros.

Desde entonces se nombró una guardia del rey, de cien hombres escogidos, mandados por Douglas de Parkhead, de la familia del regente.

Visto, pues, que toda tentativa á mano armada era por

el momento inútil, el jóven rey decidió recurrir á la astucia. Pidió á la reina Margarita, su madre, le cediese el castillo de Stirling, que le habia sido asignado á título de viudedad, y que se confiase su guardia á un noble del reino que le era particularmente adicto. La reina accedió á sus deseos, y toda esta negociacion se llevó á cabo con el mayor misterio. Habiéndose así preparado un asilo, Jacobo aguardó una ocasion propicia, y entretanto, para adormecer la vigilancia de Douglas, cambió poco á poco de maneras con el conde de Angus, mostrándose con él mas deferente; lo que hizo creer que desesperado de recobrar su independencia, se iba resignando con su suerte.

Jacobo habitaba por este tiempo en la residencia real de Falkland, situada en terreno favorable para la caza, que era su diversion favorita.

El conde de Angus, Archibaldo y Jorge Douglas acababan de partir, llamados á otros puntos del reino por sus negocios ó por sus placeres; y solo quedó al lado del rey Douglas de Parkhead con sus cien arqueros, de cuya vigilancia estaban seguros. Jacobo juzgó el momento favorable. Para alejar toda sospecha, anunció una partida de caza para el dia siguiente, y ordenó que todos estuviesen prontos al amanecer. Douglas de Parkhead, que nada sospechaba, se retiró á su cuarto á la hora de costumbre, despues de haber revistado el castillo y colocado los centinelas ; pero apenas el rey se vió solo, cuando llamó inmediatamente á Juan Hart, su paje de confianza.

— Juan, le dijo, ¿amas á tu rey?

— Mas que á mí mismo, respondió el jóven servidor.

— ¿Arriesgarias todo por mí ?

— Mi vida, si es necesario, respondió Juan Hart.

Entonces el rey le explicó su proyecto, y cambiando su traje por la librea de un palafranero, bajó con Hart á

las caballerizas como si fueran á ocuparse en los preparativos de la caza. Los arqueros, engañados por su disfraz, no pusieron atencion y le dejaron pasar libremente. Tres caballos se hallaban ya preparados fuera del castillo por los cuidados de otro de los criados del rey.

Jacobo montó á caballo con sus dos fieles servidores, y galopó toda la noche ligero como un pájaro que acaba de escapar de su jaula. Al despuntar el dia llegó al puente de Stirling, y como el Forth no es vadeable en este sitio y solo puede pasarse por dicho puente ó por una barca amarrada mas arriba, Jacobo mandó cerrar las puertas que defendian el puente y cortar la cuerda de la barca. En seguida penetró en el castillo donde fué recibido y aclamado por el gobernador y la guarnicion que, como hemos visto, él habia escogido y colocado allí de antemano. Inmediatamente se alzaron los puentes levadizos, se cerraron los rastrillos y se colocaron centinelas en las almenas y saetías, para estar preparados á todo evento y libres de un golpe de mano. En fin, se adoptaron cuantas medidas exige la prudencia; pero era tal el temor del rey de volver á caer en poder de Douglas, que á pesar de su fatiga, no quiso acostarse hasta tener las llaves del castillo y haberlas colocado bajo su almohada.

Grande fué la alarma al dia siguiente en Falkland. Jorge Douglas habia llegado la misma noche de la evasion del rey, y su primer cuidado fué preguntar por él; pero como le dijesen que se habia recogido temprano porque debia salir de caza al rayar el dia, se retiró á sus habitaciones perfectamente tranquilo. Así pasó la noche, pero aun no se habia levantado, cuando ya tuvo noticias que cambiaron la disposicion de su espíritu. Un nombrado Peter Carmichael, bailío de Abernethy, vino muy de mañana á Falkland, y pidió hablar á Douglas

por causa urgente. Introdujéronle en su cámara y la primera palabra que pronunció fué preguntarle si sabia donde se hallaba el rey. Sir Jorge le respondió con extrañeza que á aquella hora deberia estarse preparando para la caza.

— Os engañais, dijo entonces Carmichael, yo he visto anoche al rey pasar el Forth por el puente de Stirling.

Douglas se arrojó del lecho y corrió á la cámara del rey. Llamó á golpes redoblados, y no recibiendo respuesta, mandó echar la puerta abajo. Al encontrar el aposento vacío salió gritando :

— ¡Traicion! ¡el rey se ha fugado! Y reuniendo en seguida sus gentes, despachó correos á sus hermanos, y envió en todas direcciones para reunir sus partidarios. Pero el rey hizo publicar á son de trompa que declaraba traidor á todo el que en nombre de Douglas se acercase á doce millas de su persona, ó que tomase parte en la administracion del reino. El ejército realista se reunió en Stirling, y los Douglas tuvieron que someterse. Desde entonces empezó la decadencia de esta familia que Jacobo V no perdonó jamás. (Walter Scott, *Historia de Escocia*, primera série, cap. XXIII.)